

TEXTUS ET COMMENTARIUM

ORIENTACIONES PONTIFICIAS NORMAS EN TORNO A LA PASTORAL

por GABRIEL DE SOTIELLO, O. F. M. Cap.

Parece supérfluo comenzar diciendo que el Papa se ha preocupado por los problemas de Pastoral, él que está siempre alerta a todos los aspectos de la vida que de alguna manera puedan encarnar valores de trascendencia espiritual. Sería imposible resumir aquellos aspectos, directa o indirectamente relacionados con el tema, que en los últimos años han sido iluminados por la palabra certera y clarividente del Romano Pontífice. Por eso se impone una limitación, tanto en lo referente al contenido como en lo que dice relación a los documentos que vamos a utilizar. Referente al contenido escogeré solamente dos temas: el del apostolado de la palabra y el litúrgico. Y en lo que respecta al material utilizado, sólo tendré en cuenta los documentos, preferentemente alocuciones, de los últimos cuatro años. Nuestra labor es fácil y agradable. Casi se limita a dar una ligera arquitectura a las ideas que en diversas ocasiones el Romano Pontífice ha ido exponiendo, con ocasión de su tradicional alocución a los predicadores cuaresmales de Roma o en otros momentos que pedían una orientación sobre estos temas de apostolado pastoral. La preocupación del Papa se ha extendido desde la persona del sacerdote, su formación ascética y cultural, y las relaciones que unen al sacerdote con sus hermanos en el apostolado y con sus colaboradores, hasta el contenido de su predicación y de sus enseñanzas en general. Nosotros vamos a ir organizando el pensamiento del Romano Pontífice para dar en una visión ordenada y sintética lo principal de sus orientaciones pastorales sobre el tema que hemos seleccionado y acotado.

LA PERSONA DEL SACERDOTE APOSTOL

Santidad personal.—Era inevitable que la primera preocupación del Papa se centrara en la persona del sacerdote. Y por ser la acción apostólica una obra sobrenatural por el fin a que se dirige, lo mismo que por los medios que tiene en su mano para conseguir dicho fin, se comprende que lo primero que el Papa exija de los sacerdotes que hayan

«Salmanticensis», 5 (1958).

de cumplir con eficacia su misión de apóstoles sea la santidad personal. «Por dondequiera que pasan los santos —decía el cura de Ars— dejan algo de Dios». El Papa recoge este bellissimo pensamiento y lo prolonga en un sentido sacerdotal cuando dice: «Por donde quiera que pasa un sacerdote, consciente de su vocación y de sus responsabilidades, Dios hace sentir su presencia; el alma se encuentra a sí misma y, como rozada por lo eterno, recoge fermentos de vida espiritual»¹.

Tres son los frutos que promete el Papa a la santidad personal del sacerdote apóstol: *la acertada visión* de las necesidades concretas de cada momento, *la fecundidad espiritual* y *la perennidad* por encima de toda contingencia, además de la paz con que el Señor premia al alma de veras entregada a Dios. «Se comprende, pues, cuáles deben ser los supuestos de la preocupación pastoral...; el requisito esencial es la personal santificación del apóstol, un cuidado serio y asiduo de su vida interior, la unión del alma sacerdotal con el Señor a través de una vida de oración y de sacrificio. Esta vida, cuando es intensamente vivida, opera milagros en el campo del trabajo apostólico; por sí misma encuentra los caminos de la diaria tarea para adecuarse a las necesidades de todos y de cada uno; por ella toda obra es fecunda, y gracias a su intrínseca virtud divina, permanece siempre abierta para el apostolado y por encima de toda contingencia, como una fuente de celo real y de paz fecunda»².

Volveremos a oír la voz del Papa invitando a la vida interior cuando recojamos sus directrices al hablar de la acción, acción que nunca debe ir independiente de la vida de oración, en la ya clásica simbolización fraternal de Marta y de María.

Preparación técnica.—El día 15 de junio de 1957 pronunció el Papa un discurso breve, pero de una apretada síntesis de principios básicos, dirigido al Convicto sacerdotal de la diócesis de Barcelona. Comienza reconociendo la necesidad de tales Convictos que llevan por finalidad una preparación especial para el apostolado, en primer lugar porque así lo exige el mundo moderno, donde el estudio y la cultura van adquiriendo cada vez una más ancha difusión y donde las minorías selectas postulan de los que hayan de ser sus pastores y guías una preparación que acaso en los decenios precedentes no parecía tan indispensable. Pero además esos Convictos son exigidos por el mismo progreso de la técnica. «Así parece que lo pide igualmente la evolución de la técnica y de la especialización en los mismos medios de apostolado, que van convirtiéndose casi en una verdadera ciencia, a la que es menester acercarse con cuidado, huyendo de peligrosas improvisaciones y preparándose de un modo más

1. *Normas del Santo Padre a la V Semana de Estudios Pastorales, 4-IX-1955; Ecclesia*» (1955, II sem.), p. 285.

2. *Ibid.*, p. 285-286.

consciente y metódico, para mayor eficacia del trabajo propio y mayor aprovechamiento de unas fuerzas cuya desproporción con las necesidades se va agudizando, podríamos decir, todos los días»³.

El sesgo del movimiento histórico en los últimos años ha adquirido una velocidad difícilmente previsible y por eso la acomodación apostólica tiene forzosamente que sufrir un cambio considerable, con nuevas técnicas y nuevos modos de acción. Esto no se improvisa y antes de llegar a un cuerpo definitivo tiene que pasar por el periodo de la experimentación y de la hipótesis. Pero el Papa da a entender que esta acomodación y especialización ha dado un avance tal que ya casi ha pasado de ese primer periodo para convertirse, poco a poco, en una verdadera ciencia. Todos sabemos la prudente serenidad que exige la ciencia cuando se mueve todavía entre tanteos e hipótesis y esta ponderación pide también el Papa a los nuevos sacerdotes, a fin de que eviten esas «peligrosas improvisaciones» a las que todos nos sentimos un poco proclives, sobre todo las gentes mediterráneas, demasiado impulsivas e improvisadoras⁴.

Principios básicos.—La técnica o las técnicas, en plural, nunca serán lo primario en un orden específicamente espiritual y sobrenatural como es el del cristianismo. Las técnicas son instrumentos, y si en el orden de la misma cultura profana el predominio de la técnica sobre los otros valores superiores ha acarreado males que todos lamentamos, sería monstruoso que esas técnicas adquiriesen la principalidad en el orden del apostolado. Esta pertenece de siempre al espíritu y los principios por los que este espíritu debe guiarse no son algo problemático y cambiante en el apostolado cristiano. Por eso precisa el Papa: «Para vosotros progreso no significa una búsqueda de principios nuevos, sino más bien la aplicación más exacta de aquellos antiguos y eternos que en el Evangelio han tenido su formulación principal.

Que eso mismo ha de procurarse, no en forma agitada y tumultuosa, sino más bien con la habitual prudencia y medida que el espíritu maternal de la Iglesia sabe poner en todas las cosas, tan contrario a toda violencia y a cualquier otro exceso, que no podría ir de acuerdo con la función sacerdotal.

Y que debe huirse, sí, de la pasividad y aún de la tranquila e interesada aquiescencia, que podría tener incluso aire de complicidad en un determinado sentido, pero sin caer en el exceso de entregarse completamente al sentido opuesto, ignorando que el ministro del Señor tiene una misión determinada, en la que entran todos los elementos que forman

3. *Discurso al Convicto Sacerdotal de la diócesis de Barcelona*, 15-VI-1957; «Ecclesia» (1957, I sem.), p. 701.

4. *Cf. Ibid.*

5. *Ibid.*

la sociedad, y no hoy preferentemente los unos y mañana exclusivamente los otros»⁵.

La adoración y la acción.—A la oración la ha denominado el Papa «norma y fuente del apostolado». Y para fundamentar este principio inmovible de vida sacerdotal nos recuerda que nuestro deber consiste en conformarnos en primer lugar a Jesucristo, quien tras las extenuantes fatigas de cada día, a menudo «pasaba la noche velando en la oración en la presencia de Dios»; en segundo término a los Apóstoles, que permanecían «asiduos en la oración, en la fracción del pan y en el ministerio de la palabra». Y finalmente nos recuerda que, cual es la regla de la fe, debe ser la regla de la oración: «lex credendi legem statuit supplicandi». Sólo así nuestra actividad se halla encuadrada en ese orden sobrenatural de la gracia sin la cual pierde todo su sentido y su valor específicamente cristianos. «Pero evangelizar un mundo que parece haber perdido la noción y el hábito de lo sobrenatural es vana empresa si los apóstoles, depositarios de esta consigna, no trabajan en el surco trazado por el Divino Maestro y fecundado por la gracia. Si la actividad pastoral requiere la necesaria preparación con relación a los tiempos, a las variantes condiciones de la sociedad, a las nuevas fuerzas hostiles, a las múltiples insidias hoy tejidas contra la fe y las costumbres, no puede aquélla, sin embargo, alejarse del plano sobre el que la ha querido la divina sabiduría, asociando estrechamente la enseñanza de la palabra con el culto del Señor y con la acción propiamente dicha, o lo que es lo mismo, con la multiforme caridad que llega hasta el sacrificio y la inmolación»⁶.

Como hermanos.—La acción sacerdotal no puede rebajarse a ser un esfuerzo aislado y exclusivamente personal. Por eso el Papa se ha preocupado, después de dictar normas que el sacerdote debe asimilarse como persona singular, tanto en el aspecto espiritual como en el ideológico y técnico, por dejar también claras algunas ideas que regulan las relaciones del apóstol con sus hermanos en el sacerdocio y con aquéllos que hayan de ser sus colaboradores en la obra evangelizadora. La relación del apóstol con sus hermanos en el sacerdocio debe ser una relación de amor. Si es el mandamiento por excelencia de Jesucristo, este tiene una peculiar aplicación tratándose del amor que los sacerdotes deben profesarse mutuamente. Y para que este amor se traduzca en la conducta práctica el Papa concretiza la manifestación de ese amor en tres puntos capitales, que vamos a resumir:

1) El amor que los sacerdotes deben profesarse entre sí les debe llevar a evitar, no sólo cualquier acto incorrecto o palabra descortés, sino aún

6. *Normas del S. Padre a la V Semana de Estudios Pastorales*; «Ecclesia» (1955, II sem.), p. 285.

todo pensamiento malévolo. El sacerdote es un hombre solitario, con frecuencia incomprendido y no raras veces calumniado y «a semejanza de Jesús en el huerto, es asaltado por la tristeza, por el tedio, por el temor». Y si de alguno ha de esperar la comprensión cálida y la estima sincera, de nadie como de sus hermanos en el sacerdocio.

2) El amor debe llegar hasta adelantarse a los deseos del compañero que necesita de nosotros. Y el Papa no se queda en recomendaciones generales, sino que desciende hasta señalar casos bien concretos y de frecuente aplicación. «Por ejemplo, —dice—: un hermano vuestro tiene necesidad de consejo, pide aliento y espera quizá un socorro urgente. Salidle al encuentro ofreciéndole generosamente cuanto esté a vuestro alcance, seguros de que ayudar a un sacerdote, sostenerlo y animarlo, e incluso amonestar afectuosamente es, entre las obras divinas, la más divina, la más grata a Jesús, sumo y eterno sacerdote» ⁷.

Hay en la vida sacerdotal ese vaivén humano que va de la ilusión al desaliento, del entusiasmo a la depresión, y una palabra fraterna puede ser en muchas ocasiones una bendición de Dios. El Papa bendice sobre todo a los sacerdotes que se preocupan con especial ternura de los más jóvenes «constreñidos por la urgencia del trabajo apostólico a afrontar demasiado pronto el ímpetu de los vientos y las tempestades del mundo».

3) La ayuda desinteresada en el campo de labor, salvando, claro está, las prescripciones canónicas que obligan a muchos a permanecer habitualmente en su puesto de trabajo. También el egoísmo puede tentar el alma sacerdotal. No es pequeño triunfo sobre uno mismo el prestarse desinteresadamente a que triunfe, con nuestra ayuda, una obra apostólica de nuestro hermano en el sacerdocio. Como resumen de estas orientaciones transcribimos estas palabras del Pontífice: «Es necesario... conseguir por vuestra parte aquella plena fusión de pensamientos y de corazones que es el más noble efecto del amor» ⁸.

LOS COLABORADORES DEL SACERDOCIO

Necesitamos de ellos.—El sacerdote puede llegar a todas las almas, aún las más refractarias y ausentes, por medio de la oración y de la inmolación. Aún más: el sacerdote puede movilizar un ejército de orantes, escogidos sobre todo de entre los niños y los enfermos, y obtener así de Dios un cúmulo inabarcable de gracias sobrenaturales. Pero en la presente economía de la salvación queda en pie el angustioso problema

7. *Exhortación de S. S. a los Párrocos y Predicadores Cuaresmales de Roma, 14-II-56; «Ecclesia» (1956, I sem.), p. 266.*

8. *Ibid.*

que planteó ya S. Pablo: «Quomodo credent ei quem non audierunt? Quomodo autem audient sine praedicante?» (Rom., 10, 14). «De aquí la naturalmente deriva, amados hijos, la necesidad de buscar ayuda, de hallar colaboradores capaces de multiplicar vuestras energías, vuestras posibilidades, prontos a sustituiros allí donde vosotros no podéis llegar. De aquí la gran importancia del apostolado seglar que, como sabéis por experiencia propia, puede constituir una gran fuerza para el bien»⁹.

¿Dónde buscar esos colaboradores? El Papa nos da aquí una generosa lección de amplitud de alma para no cerrarnos en un grupito de una determinada rama de Acción Católica. Los sacerdotes tienen a su disposición los miembros de la Acción Católica, cuyas cuatro Ramas desea que no falten en ninguna parroquia; junto a los miembros de la A. C., deben actuar los que pertenecen a otras asociaciones, «sin olvidar a aquéllos a quienes no suele gustar organizarse, pero que pueden con todo prestar valiosos servicios al párroco que sepa emplearlos en acciones individuales o en obras de apoyo».

Existen muchas personas, a veces emprendedoras e inteligentes, que por prejuicios más o menos fundados o por lo que fuere, aman la libertad y sienten un poco de recelo y de poca simpatía por alistarse en la A. C. o en otras asociaciones. ¿Por qué se va a prescindir de su ayuda, como si para trabajar en la difusión del reino de Dios fuera indispensable estar inscrito en un fichero o llevar una insignia en la solapa? Desde abajo las pequeñeces a veces se nos antojan graves obstáculos. Desde el Vaticano, desde arriba, y cuanto más arriba, mejor, qué insignificantes aparecen nuestros pequeños intereses personales.

Ellos necesitan de nosotros.—Pocas cosas necesitan una preparación tan exquisita como el intervenir en obras de apostolado. En último término eso implica ponerse en contacto con las almas y con aquella intimidad del alma que es siempre un santuario y que requiere ser tratada con una delicadeza respetuosa. Además el mensaje de Jesucristo es algo que no debe exponerse al desprestigio y a la chabacanería. Y aunque los problemas más importantes sigan siendo de incumbencia exclusiva del sacerdote, con todo también los que con él trabajan necesitan una formación intelectual, espiritual y hasta social que prestigie su trabajo apostólico. También sobre esto son luminosas las palabras del actual Pontífice. «Descubiertas y conocidas las fuerzas auxiliares, será preciso formarlas. Y aquí es necesario advertir que no es tiempo perdido el que se emplea en preparar e instruir a sus propios colaboradores. Los que os han de ayudar en el apostolado no se pueden considerar como un peso,

9. *Exhortación de S. S. a los Párrocos y Predicadores Cuaresmales de Roma*; «Ecclesia» (1954, I sem.), p. 256.

si no es comparándolo al peso de las alas, que no estorban los movimientos, antes los facilitan» ¹⁰.

Especifica luego algunos aspectos que se deben cuidar en la formación de esos colaboradores o auxiliares. Y con muy buen sentido de equilibrio comienza por la formación «humana», dado que un desarrollo completo de las dotes naturales, lejos de estar en oposición con el heroísmo de las virtudes, hace más fácil y aun más eficaz la acción apostólica.

Después, o al mismo tiempo, de esta formación «humana», ha de atenderse a la formación intelectual de quienes nos han de ayudar. Esa formación intelectual consistirá en que posean ideas claras mediante un conocimiento profundo de la religión. Hablar en público con dignidad requiere algo más que lanzar una arenga enardecedora. Hoy se busca contenido y una presentación correcta y noble del mismo. Frente a los ataques que hoy proliferan en todas partes, en los comercios, oficinas, en las fábricas, en las calles y hasta en el hogar, el católico que haya de tomar parte activa en la difusión del Evangelio debe estar dispuesto a dar razón de su fe con argumentos sólidos, que no se adquieren en un par de conferencias.

Pero el Papa sobre todo exige que se les prepare espiritualmente. «Revestidlos de Jesucristo, nutridlos de El, haced de su Corazón divino el modelo en quien se inspiren sus pensamientos, sus afectos, sus palabras y sus obras. Haced que su corazón de ellos se abandone en Jesucristo y en los brazos de su celestial Madre María» ¹¹.

Cada uno en su puesto.—Un proverbio inglés reza que cada hombre en su puesto y un puesto para cada hombre. Es una norma de sabiduría práctica que tiene su aplicación perfecta en el asunto de que nos venimos ocupando. El sacerdote, después de seleccionar y formar a sus colaboradores, ha de señalarles aquel puesto en que su rendimiento sea más seguro. Unos informarán de las necesidades existentes, tanto espirituales como materiales. La persona del sacerdote no puede estar en todas partes y con frecuencia no es el sacerdote el mejor informado de muchas llagas de todo orden en el cuerpo social. Otros podrán tener acceso a un alma que tiene reparo o hasta repugnancia a abrirse de pronto a un sacerdote. Algunos serán más idóneos para llevar una ayuda material a un necesitado, visitar a un enfermo. Debe haber quienes se dediquen a la tarea de enseñar el catecismo a los niños. «Es necesario que en las fábricas, en las escuelas, en los grandes edificios, haya quien ejerza el apostolado, no sólo de la presencia, sino también de la acción; quien bajó vuestra guía y con vuestra bendición haga surgir y lance al trabajo un grupo de seglares misioneros. Sed exigentes en señalarles la

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*

meta a que deben llegar y constantes en incitarles hacia ella»¹². Un margen conveniente a su saludable iniciativa los hará más alegres y más dispuestos a colaborar, sin que esto quiera decir que el sacerdote haya de abdicar de su puesto de ordenador.

EL APOSTOLADO DE LA PALABRA

Fin y norma de la predicación.—La principalidad del apostolado de la palabra sobre otro cualquiera medio de acción lo encontramos en las palabras del Papa: «El mismo Señor ha predicado la palabra de Dios; a su imitación la predica también la Iglesia a través de los siglos». Lo que la Iglesia pretende siempre es ante todo hacer cristianos. «En todas partes y siempre, el fin y el éxito de la predicación de la Iglesia han sido: hacer cristiano al hombre, infundirle la verdad, la vida y las riquezas de la gracia del Señor»¹³:

Es, pues, Jesucristo el principio, la norma y el fin del apostolado de la palabra. Pío XII, en un importante discurso a la VI Semana Italiana de adaptación pastoral traza un programa excelente al sacerdote que se dedique a la predicación de la verdad evangélica, tomando como modelo a Jesucristo y como guía infalible la dirección de la Iglesia Católica.

¿*Cómo predicaba Jesucristo?*—La primera característica que el Papa descubre en la predicación de nuestro Señor es una *absoluta claridad y seguridad de la mente*, al par que una determinación y firmeza absoluta en la voluntad. El Señor se da todo e íntegramente al anuncio de la palabra de Dios.

Una segunda característica es su *consagración al servicio de las almas*. Se compadece de la multitud, se caracteriza a sí mismo en la parábola del Buen Pastor. Camina de lugar en lugar para anunciar la buena nueva; predica en las sinagogas, en el templo, a orillas del lago, en una barca, en los montes; cura a los enfermos y resucita a los muertos. De sus labios brotaban las parábolas y las comparaciones con las cuales revestía la palabra de Dios para que quedara esculpida en el corazón de los hombres.

Como tercer elemento característico señala el Papa *la calma de juicio y una íntima independencia* de lo que pudiera agrandar o desagrandar a los hombres o que a El mismo le pudiera granjear el favor o el odio de sus conciudadanos. Oye el «hosanna» y el «crucifige» con plena superioridad de espíritu.

Estas tres cualidades son las que el Pontífice hace resaltar de la pre-

12. *Ibid.*

13. *Discurso de Pío XII a la VI Semana Italiana de Adaptación pastoral, 14-IX-1956: «Ecclesia»* (1956, II sem.), p. 315.

dicación del Redentor en lo que se refiere al modo de anunciar el Evangelio. Pero junto al modo de predicar está el contenido de la predicación, para lo cual también tenemos que acudir al Evangelio y allí aprender de los labios mismos del Señor. También aquí el Papa hace resaltar las capitales ideas de la predicación del Señor. Inculcaba el Señor a sus oyentes ante todo la seriedad moral con que el hombre debe acercarse a la revelación y a los divinos requerimientos, que no admiten ligereza o superfluidad; la rectitud y sinceridad de corazón, que excluye toda hipocresía y doblez; la consciente y firme adhesión a la palabra y a la voluntad de Dios.

Frente a Dios el hombre debe conjugar un temor reverencial ante la majestad divina y una confianza incondicional, que le lleva a sentirse seguro bajo el amor solícito y provisor del Padre celestial.

Pero además la predicación del Señor tendía a infundir en los corazones la fe en Cristo y la entrega incondicional a El. «Cristo es el centro de la predicación. Quien lee la predicación de Cristo en los Evangelios, se da cuenta de que separar a Cristo de la predicación de la palabra de Dios sería menoscabar y falsificar su propia sustancia. Es, pues, Cristo inseparable también de la predicación del sacerdote en el ejercicio del ministerio pastoral, según la exhortación del Apóstol San Pablo: «Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado» (I Cor., 1, 23) ¹⁴.

Por lo que hace al objeto restante de la predicación del Señor, además de sus grandes promesas —el cielo, la Eucaristía, la resurrección, la vida eterna— hemos de recordar los deberes que inculcaba, deber de orar, de renunciarnos a nosotros mismos, de llevar la cruz, de amar al prójimo..., a fin de que el sacerdote en el cuidado pastoral no pierda jamás de vista los mismos temas, sino que a su tiempo los desarrolle en su predicación, acordándose de este pensamiento: el Señor obró así» ¹⁵.

La Iglesia, maestra infalible.—Cuando se habla de adaptación se suele entender casi exclusivamente la acomodación a las necesidades presentes. El Papa habla también de lo urgente que hoy resulta llevar a cabo esa adaptación. Pero habla también de una adaptación «con la predicación de la Iglesia, (el «vivum magisterium ecclesiasticum»), como también de una adaptación pastoral con las ciencias modernas. «Nos cumple ahora hace más consciente y reforzar el convencimiento personal de la necesidad de tomar y mantener este contacto con el magisterio de la Iglesia para adaptarlo al tiempo y al hombre de nuestros días. La Iglesia tiene en sí misma el armamento que Cristo le ha dado: la verdad de Cristo y el Espíritu Santo. Con esta armadura la Iglesia palpita, al unísono con el tiempo, y a su vez los fieles deben palpitar al ritmo de la

14. *Ibid.*, p. 314.

15. *Ibid.*

Iglesia, y poder hallar y dar un acertado diagnóstico y pronóstico del tiempo con relación a la eternidad»¹⁶.

Después de recordar algunas desviaciones que en este asunto se han notado en los últimos años y de las orientaciones de la Iglesia en diversos documentos, tales como la encíclica «*Humani generis*», «*De sacra virginitate*», «*Musicae sacrae disciplina*» y otros, nos recuerda el principio de que para el conocimiento de la verdad no es decisiva la «*opinió theologorum*», sino el «*sensus Ecclesiae*».

EL MUNDO QUE NOS ESPERA

Anto todo comprensión.—Comprender no es otra cosa que la capacidad de instalarse uno dentro de la intimidad, de las necesidades y de las aspiraciones de otra persona. Tratándose de comprender evangélicamente, ello equivale a tomar conciencia de las concretas necesidades, tanto espirituales como corporales de nuestros semejantes. Esa comprensión tiene que ser práctica y eficaz. Recordando el ejemplo del Divino Maestro nos dice el Papa: «Y así como la compasión de Jesús se manifestó con obras y sacrificios, así la del sacerdote debe estar pronta a todas las renunciaciones, a todos los sacrificios sugeridos por la caridad cristiana que a todo se atreve, todo lo soporta, todo lo da por la salvación de las almas»¹⁷.

El programa que nos traza aquí el Papa es árduo y heroico y requiere almas fogueadas por el ideal de la gloria de Dios y el bien de los hermanos. La comprensión tiene una proyección en el campo intelectual y otra en el de las realizaciones prácticas. En el primero exige que la formación cultural del clero se encuentre a la altura del saber profano. Sólo así se logrará la cristianización del elemento culto de la sociedad. «El sacerdote que tiene cura de almas puede y debe saber lo que afirma la ciencia moderna, el arte y la técnica moderna, en cuanto se refieren al fin y vida religiosa y moral del hombre»¹⁸. La Iglesia, sin pretender poner trabas a la ciencia en su autonomía de tales ciencias, no renuncia a ejercer sobre ellas su magisterio desde el momento en que entran en contacto con problemas de orden religioso o moral. Pero esto no se puede conseguir con decoro si se las ignora, como es obvio.

En su vertiente práctica hoy uno de los problemas más escabrosos es el de lo social. Su Santidad, hablando a un grupo de sacerdotes jóvenes, ha recomendado que esas preocupaciones características de nuestro tiem-

16. *Ibid.*, p. 316.

17. *Normas del S. P. a la V Semana de Estudios Pastorales*; «*Ecclesia*» (1955, II sem.), p. 285.

18. *Discurso de Pío XII a la VI Semana Italiana de Adaptación Pastoral*: «*Ecclesia*» (1956, II sem.), p. 316.

po no deben hacernos olvidar que la misión primordial del sacerdote son las almas, y que para un cristiano la solución de tantos problemas como impone la organización social de nuestros días no puede estar en una lucha exacerbada hasta llegar a la exasperación, y a la ruptura, sino más bien en una armonía sabiamente buscada a la luz de los principios eternos. Y que más allá del campo de la justicia está el campo de la caridad.

Preocupación del individuo.—Para la renovación espiritual del individuo el Papa daba tres normas incomparables a los párrocos y predicadores cuaresmeros de Roma. Ante todo *discreción* en el comienzo. Sería un error peligroso pretender conseguirlo todo de una vez y pretender ya desde un principio alcanzar lo que se presenta como la meta ideal. El apóstol, dice, no puede por menos de considerar la debilidad moral de los otros, la falta de preparación intelectual, las personas y las cosas en medio de las cuales vive y la orilla, por así decir, desde la que el alma extraviada habrá de venir a él, o por mejor decir, tornar a Dios. Hay que evitar abrumarlas con razones que no están a su alcance, pedirles aquello que no están preparadas a dar. La aproximación en tales casos requiere mucho tacto y delicadeza, sin que esto equivalga a transigir con el mal.

La segunda norma es la *constancia*. No cabe duda que el desaliento es una de las tentaciones que más amenazan al sacerdote. Nos resulta sumamente difícil acomodarnos a un ritmo distinto de aquél que nosotros habíamos prefijado. El Papa llega a decir: «Ni siquiera está excluida la hostilidad, la frialdad o la indiferencia que pueden tentar al sacerdote para que desista de su obra». En esos momentos recordemos que es necesario seguir en pie, aunque todo vacile en derredor.

Y por fin recomienda el Papa la santa *osadía*. La osadía se refiere en primer lugar al heroísmo con que el sacerdote se ha de entregar a su ministerio, y luego que no teman proponer las metas de la santidad más excelsas a los fieles. «Sabed tomar de la mano a las almas y empujarlas dulce, pero firmemente, hacia Jesús, hacia la amistad con El, hacia la transformación en El. Hacedles comprender que sólo así encontrarán la paz, la fe, la alegría, la esperanza, el amor; sólo así encontrarán la vida».

Con visión realista.—También para la renovación colectiva da el Papa ciertas normas. Ante todo una visión realista de la realidad, obtenida no «grosso modo», sino a base de un trabajo de estadística llevado a efecto con seriedad. No basta con saber que algunas misas de los domingos logran un lleno total en la iglesia. Pero, ¿cuántos son los que debían venir a misa y no vienen? Y lo que se dice de la asistencia a la santa misa se debe repetir respecto a la instrucción catequística, de la instrucción religiosa a los mayores, del cumplimiento pascual. Y una vez determinados los números es preciso estudiar su significado, para saber de dónde provienen algunos alejamientos y también algunos retornos. El

conocimiento del mal no es todavía el diagnóstico, sin el cual no se puede hablar de una adecuada cura.

Y si un sacerdote se puede dejar llevar de un falso ilusionismo respecto a la labor que está por hacer, también puede sufrir una peligrosa desviación en lo que se refiere a las fuerzas que debe utilizar. Algunas, dice al Papa, son ignoradas y otras infravaloradas o menospreciadas. «Abrid los brazos a todos, queridos hijos, bendiciendo cuanto la Iglesia aprueba. Cualquiera que esté animado de buena voluntad ha de encontrar puesto en la viña del Señor, que acepta todo servicio como busca operarios a todas las horas». Con tanta labor por delante, no es lícito al sacerdote —sin una causa razonable— pararse a ver las banderas bajo las que militan sus fieles o los distintivos que llevan, con tal que estén bendecidos por la Iglesia. Esto, naturalmente, no tiene nada que ver con el llamado «criterio de aproximación», tan funesto en todos los campos, sin excluir el apostolado ¹⁹.

LA LITURGIA PASTORAL

Iglesia y Liturgia.—«El movimiento litúrgico ha aparecido como un signo de las disposiciones providenciales de Dios en el tiempo presente, como un paso del Espíritu Santo por su Iglesia, para que los hombres se acerquen más a los misterios de la fe y a las riquezas de la gracia que fluyen de la participación activa de los fieles en la vida litúrgica» ²⁰. Estas palabras nos introducen en el profundo significado que la liturgia tiene en la Iglesia, muchas veces entendido de una forma superficial y meramente externa, como si la liturgia se limitase a ser algo así como un conjunto de protocolos que emplea la Iglesia en sus relaciones oficiales con el Señor. La liturgia constituye una función vital de toda la Iglesia, en la que cooperan tanto los que están revestidos de poder jerárquico como los simples fieles. La Jerarquía, que posee el depósito de la fe, hace pasar a la liturgia los grandes misterios de la revelación, especialmente los de la Trinidad, Encarnación y Redención; aunque apenas se hallará una verdad revelada que no encontremos en las lecturas u oraciones que integran la liturgia. Además hace sensibles las grandes verdades de

19. *Exhortación de Pío XII a los Párrocos y Predicadores cuaresmales de Roma*, 10-III-1955: «Ecclesia» (1955, I sem.), p. 313 y 314.

20. *Discurso al Congreso Internacional de Liturgia Pastoral*, 22-IX-1956: «Ecclesia» (1956, II sem.), p. 341. Todo lo referente a la liturgia está tomado de este documento. Existen otros dos documentos importantes del Papa sobre la Liturgia: *Mediator Dei*, *De sacra liturgia*, del 20 de noviembre de 1947 y las nuevas disposiciones de la Semana Santa, del 16 de noviembre de 1955. No hemos utilizado el primero de estos documentos por no ser reciente, ni el segundo, por referirse a disposiciones muy concretas y que se encuentran ya en cualquier libro litúrgico.

nuestra Religión sobre el amor y la misericordia del Padre celestial hacia el mundo. De esta forma la liturgia comunica los tesoros de la verdad de Cristo.

Pero además reparte los tesoros de la gracia: la gracia santificante, las virtudes, los dones, el poder de bautizar, de conferir el Espíritu Santo, de perdonar los pecados por la penitencia, de ordenar sacerdotes. Y todo ello enmarcado en unas ceremonias de conmovedora belleza sugestiva, poniendo también a contribución los milagros de la música y del arte sagrado.

Por su parte los fieles reciben esos dones de verdad y de gracia, no de una manera pasiva e impersonal, sino colaborando con su voluntad y tomando parte en los oficios litúrgicos o al menos siguiendo con fervor su desarrollo. Así, en esta unidad orgánica de clero y pueblo, la Iglesia ora, ofrece, se sacrifica. Por eso se puede afirmar que la liturgia es obra de la Iglesia toda entera. Lo cual no quiere decir que la liturgia sea *toda la Iglesia*. Al lado del culto público de la comunidad queda campo para el privado, que reviste tantas formas cuantos sean los cristianos. «Esta forma de culto no sólo la tolera la Iglesia, sino que la reconoce plenamente y la recomienda, sin quitar con todo nada a la preeminencia del culto litúrgico».

Pero la liturgia no agota el campo de las actividades de la Iglesia también en otro sentido; en cuanto no suplanta los deberes docentes y pastorales de los sacerdotes. Recuerda de nuevo el Papa el error de los que pretendían orientar la enseñanza religiosa y pastoral en un sentido exclusivamente litúrgico.

La liturgia y el tiempo actual.—Dejamos de tratar problemas importantísimos que esclarece el Papa en este discurso al Congreso Internacional de Pastoral, tales como los relacionados con la presencia de Cristo en la misa, la acción de Cristo el acto de celebrar, la concelebración propiamente dicha, totalmente distinta de la que llama «de mera ceremonia», en la que la acción del oferente no es la «*actio Christi se ipsum sacrificantis*». Son cuestiones importantes, sin duda, pero de orden especulativo y un poco al margen de lo que nos hemos propuesto en estas páginas.

Nos advierte el Papa que hemos de evitar, respecto del pasado, dos actitudes extremas en punto a liturgia: un apego ciego y un menosprecio total. Hay elementos inmutables, un contenido sagrado que trasciende el tiempo: pero también elementos variables y hasta defectuosos. Si nos situamos en el tiempo presente, no cabe duda que la liturgia confiere hoy a la vida de la Iglesia y a sus manifestaciones religiosas una huella característica. Cada vez se nota una participación más activa de los fieles en el culto litúrgico. La Iglesia, en materia de liturgia, vuelve al pasado, pero con una sana libertad, sin servilismo «*ad pedem litterae*».

Esto se nota en diversas actitudes que ha tomado la Iglesia en lo concerniente al lenguaje vulgar, al canto popular y a la construcción de los templos. Además la liturgia actual se preocupa de problemas particulares, tales como las relaciones de la liturgia con las ideas religiosas del mundo actual, la cultura contemporánea, las cuestiones sociales, la sociología profunda.

Con ello se patentiza la utilización que el sacerdote, en su labor pastoral, puede hacer de este medio tan idóneo para promover la vida religiosa del pueblo cristiano.

Conclusión.—Podríamos compendiar los deseos del Papa sobre los deberes pastorales del sacerdote en la entrega continua y alegre que él pide de nosotros. «Los sacerdotes tienen la obligación sagrada de hacer cuanto sea posible para que los fieles puedan fácilmente dirigirse a ellos en sus necesidades espirituales». Y el Papa menciona especialmente la administración de los sacramentos, aun cuando sólo lo pidan por devoción. Y ser atentos, corteses, caritativos. «¿Quién puede imaginar el bien que produce a las almas la alegría del sacerdote, que responde pronto y gozoso a toda llamada como si fuese llamada de Dios?»²¹.

21. *Exhortación a los Párrocos y Predicadores cuaresmales de Roma: «Ecclesia»* (1956, II sem.), p. 266.